

poesía

Poemas

Óscar Cortés Tapia



FLECHA ROJA EDICIONES

Poemas

Óscar Cortés Tapia

[la hora]

A la hora del colibrí,
que a las flores musita adagios contra la gravedad,
mi madre cose un vestido blanco
para la Noche de Año Nuevo
Al tiempo de su labor
trae voces amarillentas, rostros arrinconados:
polvosas ramas de la sangre

Ocurre
En sus palabras,
en sus manos
avanza la ira
A paso de cuchillo. A paso de fuego

A la hora del ciempiés,
que cruza el puente de la tarde,
mi madre arroja el doble filo de su corazón
a la nuca del incendio

A la hora del murciélagos,
que hilvana giros en el amate,
mi madre termina el vestido

Hay silencio en sus ojos,
un hondo silencio,
y la casa

-lo que de ella queda-
lentamente
se alza de los rescoldos

[regreso]

Tan leve,
tan simple mi madre:
trascendental
como hoja de limón,
como salmodia del palomar

Qué rasposa su ternura
Qué gran óxido su sombra
Qué de ausencias

Ah, la paradoja tiene cinco letras

En su aire de jacaranda agotada
encuentro la fogata de otras horas,
de otras verdades

Deseo el regreso definitivo:
que su vientre
ya muerto
sea mi tumba

[don panchito]

Francisco Salinas Mondragón

In memoriam

Abrías la tarde
como un cofre innombrable,
como un secreto de estaño,
con la llave de polvosos relatos
que anidaban
-festivos pájaros de topacio-
entre tus largos bigotes centenarios

Entonces,
viejo roble,
de tu savia de toro,
de tu dulce esqueleto leñoso,
nos columpiábamos los nietos
con gruesas cuerdas de viento

Entonces,
viejo noble,
se cubría la mesa
de ojos muy abiertos y peras,
de preguntas y manzanas,
del sol entero de tus palabras

Entonces
nuestro asombro era un monte,

un río invisible, una fiera verde,
una estrella en la frente

Entonces,
viejo de cobre,
tus nietos éramos otra cosa:
aquellos que no somos ahora

[elogio de el santo]

Primera caída

(*Elogio del tiempo antiguo*)

En medio de nuestra angustia,
más vasta que la noche,
la hora del arma que apunta a la ciudad
te vestía con la rara estirpe del héroe
Te anudabas la máscara
de quien navega bajo tormenta y sabe salir entero,
y corrías en tu auto deportivo
de un ring con criminales de feroz libreto
a otro:
calles, solitarias casonas, enlonado de asfalto;
ibas del llaveo precioso por preciso
a la amenaza oculta en la guarida de las sombras

Te anudabas la máscara
y la plata argumental de tus puños -irrefutables-
machacaba sofismas del ladrón y el vampiro,
del hombre lobo y el desquiciado científico

Te anudabas la máscara
y la alada plata en vuelo de los topes suicidas
eclipsaba el sol negro del Mal

Poca cosa eran las balas
en busca del nido de tu pecho;
poca cosa

el puñal y su instinto trapero
Mayor peligro había
en la soledad y sus venenos,
en la mujer
que con lenta lengua se mojaba los labios,
como promesa de la trampa deliciosa

Pero tú,
semidiós de la arena,
el primero de los invencibles,
lograba zafarte del abrazo del oso
que te rompería los huesos del alma
(Celosa,
la ciudad te arrebataba el corazón)

Te anudabas la máscara,
capitán de todas nuestras esperanzas,
y el mundo era seguro

Segunda caída

(Victis honos)

Ahora
los músculos ágiles,
los acerados músculos,
son frutos de la memoria
Más te duele este tiempo
que el golpe alevoso,
que la cavernaria misma
(Admítelo,

te anudas la máscara
y naufragas bajo lluvias simples)

Pelea sucia y calles oscuras
no son ya tu dominio completo;
nuevos criminales,
nuevos locos hieren la ciudad
Y perdieron la elocuencia
tus puños discursivos,
tan bien lo sabes

Qué difícil
levantar el vuelo plateado
desde la tercera cuerda,
con tantos años de peso,
también lo sabes

Sin embargo,
no te duela el tiempo ido;
no te avergüencen
las tareas escolares de tus nietos,
las insaboras caricias de tu esposa
ni tus viejas películas en el televisor
Tu estilo del heroísmo
ahora es otro

Si lo dudas,
enmascarado como Rodolfo Guzmán,
vuelve a la arena que caía en pedazos
con la sola fuerza de tu nombre
en nuestros labios

Te espera el amor antiguo:
la ciudad

Ella no ha dejado
el asiento de la primera fila;
te es fiel

Subirá a tu esquina
y será tu aliada
siempre

Siempre,
aunque los nuevos rudos
venzan al hombre sin rostro
que en tu carne vive
y se anuda la máscara
durante la noche del Mal

Tercera caída

(*Santos de nuestra devoción*)

No te negaremos
antes de que el réferi
cuente las tres palmadas sobre la lona
No te negaremos
después de tu última película
No nos avergonzaremos
de tus monstruos de utilería,
del cartón de tus computadoras,
de la fácil victoria
sobre momias, espectros y hechiceras

(¡Ay, qué excepción la Tetona Mendoza!)

No olvidaremos

Las mañanitas

el día de tu santo

No olvidaremos

limpiar de vez en vez

tus milagros de plata

No olvidaremos

prenderte un reflector

en el altar casero

de nuestro corazón

Eres

Santo,

Santo,

Santo

Y no vienes

en nombre del Señor

Productor

Nuestra angustia,

nuestra fe en ti

desde niños,

te dieron

la misión inagotable

¡Oh, golpe justiciero!

(¡Pártele la madre!)

¡Oh, rodillazo sin mancha!

(¡Desgüévalos!)

Eres

Santo,

Santo,

Santo.

Y estaremos orgullosos de ti,

pues tus puños

mantendrán con vida

el discurso que aprendimos

en un viejo cine:

el Bien gana

en la tercera caída

[el espejo]

Del otro lado
se levanta un tarareo
Me asomo al niño que fui

Mi madre me prepara dulce de frutas interiores
Mi padre poda el pino que me crece en los zapatos
Mi madre teje mis dientes de leche en su memoria de madre
[congénita
Mi padre me revisa la tarea de copiar sus ojos, de multiplicar
[sus oídos

Angosto,
de una pieza,
el mundo fue mío

[fotografía del niño conejo]

Día especial en tu planeta de claroscuros
La danza lo celebra
Tus giros y saltos, saltos y giros de paño blanco,
son prodigo contra el polvo en el corazón

(*Miríadas de miradas
plenas aplauden pautadas
el paso a paso pausado:
el peso sin piso, alado
Tará tará tarará*)

Ah, Niño Conejo,
la Muerte no disfrazará esta danza:
un diamante de frondosas ramas
da de beber fuego al tiempo que no ha de transcurrir

[la bicicleta]

Una bicicleta,
de rodada propia para el asombro;
una bicicleta,
flamante, roja como la alegría al rojo niño;
una bicicleta así,
que acerca los sueños a la mano,
comprueba la existencia de Dios,
el buen dios, y sus milagros

[el vuelo]

Tienen acento de estreno las cosas:
una mano les ha quitado la envoltura de todos los días;
huelen a primera vez
(¿Quién cambió la estatura del patio?
¿Quién la puso junto a los helechos y las hormigas?)
El viento me declara Hijo predilecto de las nubes
Mis ojos, que no son míos,
mis ojos, que son repentinos,
atrapan un perfil aéreo de toalla
En el corazón de mi madre
suena un redoble de angustia
Algo se transforma
Y soy un hombre con 35 años adentro
y me miro mirarme en la caída,
y estoy frente a esta página,
y no puedo evitarlo

[cuaderno para iluminar]

Al sonar las tres de la mañana...

Francisco Gabilondo Soler

Dentro del perfil trazado
por una mano todopoderosa,
límite de palabras y sueños,
los niños y las niñas,
los perros y los payasos
habitán un mundo ancho,
un mundo sin voluntad

El papel,
como la imagen en el espejo,
es carne de la apariencia

Pero hay un momento,
huidizo, de soslayo,
en que la vida se desborda

en los trazos caóticos
que rellenan pulmones y silencios,
pantalones y miradas,
sonrisas y zapatos
(¡vigoroso morado-naranja!,
¡obsesivo verde-rosa!)

Y estos seres
maravillosos, bidimensionales,
no necesitan
que suenen
las tres de la mañana

[el más generoso de los muebles]

La hora del estómago
dejó migajas,
dejó historias,
sobre el amable reino de la caoba

Tuvo días felices,
incontables días menores;
jamás la amargura

Pastel,
globos,
antifaces,
fueron el comienzo

Ahora que le faltan tres sillas,
se desangra de indiferencia
("Estorba", me dicen)

Poco dinero
y tanto, tanto silencio,
son nuestra despedida

Mi padre se sentaba a la cabeza;
mi madre a su derecha,
y yo a la izquierda

Era el orden,
la tradición
(Lo sabíamos sin preguntas)

En los cumpleaños,
en Navidad,
sus hermanos
y todos los sobrinos
se turnaban
las sillas vecinas al Poder

(Nadie intentó
usurpar aquel símbolo)

Allí pesaba confidencias,
desvanecía enojos
y, calladamente,
recibía los más variados respetos

A veces,
su carcajada,
del linaje de las fanfarrias,
rompía la tiesura de la mesa,
pendiente siempre
de sus gestos,
de sus palabras

Mi padre se sentaba a la cabeza:
el asiento
reservado para él

[magia]

Mi padre era agente viajero
En su pesada maleta llevaba
listados, muestrarios, facturas

Sus ojos y oídos eran bodega
de sonrisas y charlas distintas
de pueblos y ciudades distantes

Mi padre era agente viajero

A los nueve años
durante unas vacaciones
lo acompañé

No hubo farmacia,
no hubo tlapalería
que su libreta de pedidos
no visitara

Presencié la magia
Sus manos firmes
se transformaron:
eran un campo
de rosas blancas;
derramaban pétalos
al saludar

[el oficio]

Tiene el oficio del gallo
y no lo sabe
Dentro de su jaula,
el Prietito canta
(Adivina un sol dormido
detrás de la noche de toalla)

Adversarios del último sueño,
sus trinos arrojan cobijas,
abren pestañas

(Los habitantes y cosas
se calzan los nombres:
se despereza la casa)

"¡Amaneció, amaneció!"
anuncia en idioma canario

(Una mano retira la noche de toalla)

"¡Amaneció, amaneció!"
insiste el sol mayor
de su breve garganta

[la pluma]

Es una prótesis, recuerdo del onceavo dedo:
el índice faltante que mencionan las mitologías
(Encolerizado, un dios analfabeto
lo arrancó de los hombres.

Así castigaba el deseo rebelde:
que repitiesen en la tierra o las vasijas,
la palabra creadora)

Flamígera en ocasiones culminantes,
irreprochable testigo casi siempre,
la pluma nos despalabra
culpa a culpa, hastío por hastío;
o traza para nosotros
la felicidad momentánea
pero legible

[la bañera]

Uterina, cálida;
anterior a la memoria
(Feliz el niño
que se baña dos veces
en la misma agua de domingo)

Qué equilibrio el suyo:
el fondo y la forma
son una sola caricia

Algo emerge del mar doméstico
¡Eureka!
¡Una resbaladiza ballena blanca
es tan real como la barra de jabón!
(Y el descubrimiento desplaza la tarde)

[zapatos favoritos]

El empeine es ancho
y un café confuso la piel
Años de pisadas
les dieron la holgura exacta:
manos que acarician,
evocación de casa

Saben de poesía
Y paso a paso
repite proverbios y cantares

(Hacen *estelas en la mar*)

[elogio de la necesaria]

I

En tus cabellos sin mi mano,
en tu silencio, doble esponja,
del Sur llega la noche:
los pasos, las voces: la calle;
reluctantes las campanadas
(Es noche tan distinta,
tan distante de Noviembre)

Te quitas la escenografía,
y desnuda eres una isla:
vences la oscuridad

(Es tuya la página humilde
Tuyo el oficio de la luz)

II

Escribo para tus manos, tus ojos;
para tu voz, que es mi fuerza, mi descanso

Escribo para que no falten

Para que otros labios, otros oídos
te vuelvan aliento y sangre
en un tiempo distinto

Sabrán que un hombre muerto
escribió estos versos para ti

Sabrán que un hombre muerto
te ama